

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 50. 8 de Junio de 1985

En julio se cumple el centenario de su muerte

Rosalía de Castro: Poetisa universal con acento de morriña (Esbozo de una feminista)

JOSE MANUEL SOUZA

NOTA SOBRE EL MACHISMO Y EL FEMINISMO A MODO DE PREHISTORIA

Corren unos tiempos en que las palabras feminismo y machismo tienen un significado competitivo. Y, por si esto fuera poco, la sociedad española las utiliza con frecuencia para discutir sin una base sólida, para argumentar con premisas imaginativas... con la finalidad de aplastar verbalmente al sexo contrario. No vamos a entrar ni

salir en ese juego tautológico que son los histriónicos combates entre la mujer y el hombre. Solamente pretendemos ofrecer, o mejor dicho: recordar, el ejemplo olvidado de una gran mujer acogida por la Historia.

LOS PRIMEROS PASOS DE ROSALÍA

Rosalía de Castro nace en una España que se tambalea pero que conserva en su orgullo el

rimbombante nombre de Imperio Español. Todo se está transformando en el país, incluso figuras literarias como Larra y Espronceda fenecen prácticamente cuando ella viene al mundo; esto sucede entre el verdor, la bruma y el mar del cabalístico Cabo Finisterre, en Padrón, una aldea de La Coruña: falta justamente un mes para que comience la primavera de 1837.

Bajo la tutela de su madre Rosalía tiene una niñez alegre, pentagramada en un caserón donde puede retozar ofreciendo la decimonónica estampa de subir y bajar escaleras sin pisarse las faldas de la época. Pero su alegría es corta: debido a su naturaleza enfermiza, Rosalía a partir de los once años de edad, se hace profundamente melancólica y empiezan a brotar, como las yemas de los árboles, los primeros versos. En este punto hay biógrafos que sostienen la teoría de que la infancia y la adolescencia de la poetisa fue marcadamente feliz hasta que cumplió diecisiete años; y aceptándolo como cierto, destaca el hecho de que en su poesía se trasluce una nítida y potente sensibilidad que, parta de la niñez o de la juventud primeriza de Rosalía, da un exquisito fruto que añadir a la banasta literal del siglo XIX.

Rosalía de Castro, fuertemente introspectiva, habría de recibir en sus primeros pasos dos fuertes golpes circunstanciales que contribuirían decisivamente a la formación de su carácter: se entera de que es hija ilegítima y sacrilega, realidad que su madre ha de confesarle a la hora de morir. Rosalía pierde la fe. "La Matanza" apelativo de la casona que hasta entonces venía habitando, se convierte en un refugio tétrico, cargado de soledades donde la mujer dulce que espera un mañana idílico

habrá de enfrentarse a sí misma, a una especie de ateísmo particular cuyo protagonista es el futuro. Para superar esta etapa surge el amor. Rosalía necesita volcar sus sentimientos en un ser de carne y hueso: un hombre recibe su orgullo, su ferviente delicadeza, sus ilusiones... Rosalía es un torbellino espiritual para el ser amado. Elabora composiciones poéticas que no estima y en su mayor parte van a parar al cesto de los papeles. Cuenta la futura autora veinte años redondos, cifra que se verá cuarteada por la muerte de su amado: Rosalía necesitará de la poesía para aliviar el dolor: no encuentra otro paliativo.

EL MATRIMONIO

En 1857 Rosalía se vuelve una mujer casada; compartirá su diario vivir con Manuel Murguía, profundo intelectual de brillante espíritu crítico que más adelante ocuparía un puesto destacadísimo en las letras gallegas. Ambos son muy jóvenes, con toda una vida por delante para luchar y vivir. Murguía tiene veinticuatro años y Rosalía no ha salido físicamente de la veintena. Pero está herida, dañada por el descubrimiento de un mundo que ya ha disparado varias saetas a su frágil alma. Rosalía deja de escribir. Intenta dedicarse de lleno al hogar en el que encuentra un gran estímulo. Pero la insistencia de su marido y amigos íntimos de la familia la llevan a crear nuevas poesías aunque sin el menor ánimo de exhibicionismo. El matrimonio equilibra emocionalmente a Rosalía pero no la hace feliz, como fácilmente se detecta de su obra: hay una soledad constante, una queja... Sin embargo, cara al exterior, los Murguía presentan una armónica imagen de convivencia. Tienen seis hijos; la primogénita, Alejandra, cumplirá diez años antes de que nazca su hermana, los demás guardan intervalos más corrientes y el menor de todos muere en la infancia, dura contrariedad que la poetisa acusa muy notablemente.

A través de su inmensa lírica la vida íntima de Rosalía se

contradice —según afirmaciones de los estudiosos— porque, como es de esperar, el sentido de sus obras no es precisamente el de sus propias vivencias, sino enteramente las del pueblo gallego. Y a este respecto el confucionismo es frecuente a la hora de interpretar el trabajo literario de un autor del que se conocen muchas secuelas de sus afecciones y del mundo en que se desenvuelven.

ROSALÍA Y EL TEMA DEL FEMINISMO

Recién casada, concretamente en 1858, bajo el título de "Liders", incluido en "El álbum del Mino", Rosalía publica una especie de manifiesto de la mujer libre, chocante atrevimiento que, puede decirse, pasó desapercibido por su incipiente fama y que algún que otro estudioso de su obra calificó de fiel reflejo de su estado de ánimo al haber perdido la esperanza en el futuro. La poetisa, de forma axiomática, declara que "el patrimonio de la mujer son los grillos de la esclavitud". Pero ¿cuál es esa esclavitud? ¿Se siente verdaderamente esclava Rosalía? En la misma obra lo aclara más adelante: "Yo sin embargo soy libre, libre como los pájaros, como las brisas, como los árabes en el desierto y el pirata en el mar". "Libre es mi corazón, libre mi alma y libre mi pensamiento que se alza hasta el cielo y desciende hasta la tierra, soberbio como Luzbel y dulce como una esperanza". Lanza también un grito anárquico, un canto a la libertad femenina: "Yo soy libre. Nada puede contener la marcha de mis pensamientos y ellos son la ley que rige mi destino". Y para terminar cabe aludir a su desgarradora exclamación: "Oh mujer, ¿por qué siendo tan pura vienen a proyectarse sobre los blancos rayos que despide tu frente las impías sombras de los vicios de la Tierra? ¿Por qué los hombres derraman sobre tí la inmundicia de sus excesos?"

Rosalía es tremendamente feminista, su defensa de la mujer la lleva a cabo con elegancia y con la radicalidad de una juventud efervescente. Claro

(Pasa a la última página)



Las cenizas de la flor

Angel Crespo



El verdadero Campoamor

¿Quién era, en realidad, Campoamor? ¿Un incrédulo, un escéptico, un cínico o un cursi? Cuando yo era muchacho, me emocionaban la dolora del gaitero de Gijón y el pequeño poema del tren expreso; hoy leo la dolora con una ternura distante y me gusta más que entonces el pequeño poema, lo que quiere decir, cuando menos, que para bien o para mal parece que no he vivido en vano. Mi amigo Miguel Labordeta deseaba escribir —y lo consiguió— una poesía que fuese a la vez lírica y épica, a la que llamaba epilírica, y yo estaba de acuerdo con él; una poesía que, apoyándose en una anécdota, en cualquier sucedido, la trascendiese mediante el sentimiento. O algo parecido.

Es lo que hacíamos por entonces muchos de los poetas que, como Campoamor en sus tiempos, no estábamos de acuerdo con la sociedad en la que nos había tocado vivir. Lo hacía, por ejemplo, Luis Cernuda al escribir aquel amargo poema de exilio en el que puso en duda la existencia de España; lo hacía Gabriel Celaya cuando comentaba líricamente los acontecimientos callejeros o su difícil trato con Gabino-Alejandro Carriado, y también lo hacía el mismo Carriado cuando creaba un clima de intenso lirismo al contar cómo sus idas y venidas de hombre desasosegado terminaban por hacerle sospechoso. Y también lo hacíamos Labordeta y yo; Miguel, por ejemplo, cuando se lamentaba de sus tristes jornadas de solitario sin remedio, y yo, por ejemplo, cuando hablaba de aquella mujer llamada Rosa y de aquel hijo suyo llamado Daniel —a los que, como Campoamor, ponía nombre— que encontró la muerte en aquel corral —símbolo de aquella España— en el que nada había hallado su madre. Este poema mío era, en el fondo, una dolora del siglo XX, pero he tardado en darme cuenta de ello.

¿Quién de entre quienes escribíamos así no habría suscrito entonces las palabras de Campoamor, escritas en su libro *El personalismo*, en las que defendía dos importantes ideales: la novedad en el estilo y "la proclamación de la libertad ilimitada contra toda clase de absorción del individuo por el monstruo indeterminado e implacable del Estado"? Con estas palabras, el poeta de Navia se adelantó a las veleidades ácratas de los modernistas españoles de principios de siglo y a la lucha contra la tiranía de muchos de los que vinimos después de ellos. ¿Quién era, entonces, don Ramón de Campoamor?

La lectura del libro de Carmen Borja

Campoamor: trazado de una negación, aparecido en Oviedo en 1983, descubre a un don Ramón de cuerpo entero, contradictorio y discutible, autor de excelentes, mediocres y malos poemas, patrocinador de ideas y actitudes que considero —y no sólo por lo del anarquismo, fenómeno fugaz en nuestra lírica— predecesoras de actitudes e ideas de la poesía española del siglo XX, entre las que se cuentan las procedentes de su interés por el mundo de lo invisible y las que proponen una literatura realista en la que la poesía sólo se distingue de la prosa debido a la versificación. Ideas, se comprende, difícilmente conciliables, pero ¿era la conciliación de las ideas lo que pretendía aquel extraño poeta? Yo creo que Campoamor, lo mismo que Fernando Pessoa, era un disciplinador de almas.

No hay más que leer sus ensayos filosóficos, en los que llega a tomar el pelo —y no sólo a negar su capacidad de magisterio— a los más famosos filósofos de todos los tiempos, para entender con qué clase de disciplinador de almas estamos tratando. Desde luego, no faltaron en su tiempo quienes le tachasen de amoral o incluso de inmoral, pero lo hicieron con indulgencia y timidez, dado el enorme y merecido prestigio de que gozaba entre sus muchos lectores. Todo parece indicar, cuando se leen sus obras sin prejuicios, que Campoamor había decidido adoctrinarlos, tanto artística como ideológicamente, sin incurrir en escándalo y echando mano de una ironía de la que ningún escritor español ha sabido valerse con la habilidad, el desparpajo, la gracia y la seriedad con que él lo hizo.

En su *Poética*, afirmó que "el arte consiste en realizar ideas por medio de imágenes", pero teniendo en cuenta otra afirmación suya según la cual no sólo las ideas, sino también los sentimientos, han de ser convertidos en imágenes por el poeta, con lo que, como muy justamente observa Carmen Borja, "la imagen da corporeidad a la ideas, las concreta, punto éste en el que Campoamor coincide con la visión que Eliot desarrollará años más tarde; y antes que con Eliot coincide con Pound". Palabras mayores que justifica, entre otros, el ejemplo de Juan José Domenchina —uno de nuestros poetas contemporáneos que es urgente recuperar— cuando titula a uno de sus libros *La corporeidad de lo abstracto*. ¿Había leído el madrileño al asturiano? No era necesario, pues éste se adelantó a toda una época extremadamente contradictoria, y hemos tardado demasiado

tiempo en darnos cuenta de que fue así. Resulta, por ello, muy significativo que hayan sido dos importantes poetas de nuestros días, Luis Cernuda y Vicente Gaos, quienes se hayan preocupado de hacernos entender quién fue, en realidad, Campoamor y hayan tratado de mostrar —pero prescindiendo de su obra en verso— la parte más positiva y profética de sus ideas.

A Campoamor hay que buscarle en su propia teórica, pero también en sus poemas, algunos de los cuales son, en verdad, prosa versificada. Descubriremos al hacerlo que no era un escéptico, sino un hombre cuya amargura era engendrada a veces por el desengaño y a veces por opiniones muy firmes y nada optimistas sobre el mundo y la humanidad. "Yo sigo mi destino/y el alma humana en estudiar me afano", escribió en una de sus poesías; sobre todo el alma femenina, es decir, la de la parte de la humanidad más marginada por la sociedad de su tiempo. ¿No es esto, en el fondo, una de las muchas muestras de rebeldía que nos legó el poeta cántabro?

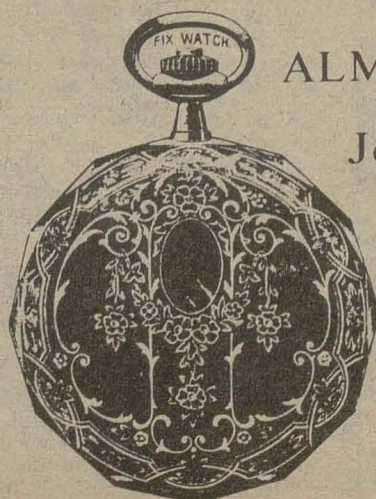
Leer hoy a Campoamor no es empresa fácil que yo recomiende sin más preámbulos. A don Ramón hay que leerle en la antología de sus prosas y sus versos que todavía no se ha hecho. Es, sin duda, un escritor muy desigual que carecía tal vez de sentido crítico o, lo que es más probable, que creía que todo lo escrito vale cuando dice lo que su autor pretendía decir, y ello a pesar de cuando teorizó en su *Poética*. Yo pienso que Campoamor no distinguía entre poesía y vida, que vivía en poeta —¿incrédulo, escéptico, cínico o cursi?— la totalidad de sus vigiliadas y de sus sueños, y que no se creía por ello un ser privilegiado. ¿Era, entonces, un ingenuo? se preguntarán algunos. Puedo asegurarles que no lo era. En cierta ocasión escribió unos versos que demuestran que no lo era, puesto que en ellos da prueba de conocer lo arriesgado de su ideología. Dicen así: "Y por eso, ya incrédulo o cansado,/para preso no ser o excomulgado,/voy sorteando a la Iglesia y al Gobierno,/ poniendo con cuidado/un pie en lo temporal y otro en lo eterno". Lo cual no deja de ser una extraña y poética ironía, pues lo cierto es que el alma de Campoamor estuvo siempre dividida entre lo visible y lo invisible, entre el mundo de las ideas y el universo de los hechos, sin que el miedo a los poderes espiritual y temporal tuviera que ver nada con esta división ni con la angustia que, muy de verdad, le producía.

LA LUNA
MODA

Sto. Tomé, 27

Tlf. 21 21 23

Toledo



ALMONEDA Y ANTIGÜEDADES

José María Núñez Narbona

Muralla de Bisagra, 1
(Junto Puerta Bisagra)

Teléfono: 22 38 23

TOLEDO



DE ESTE LADO DEL ESPEJO

Memorias

Por Antonio FERNANDEZ MOLINA

IV. Descubrimiento de una maleta

Par délicatesses
J'ai perdu ma vie
J.A. Rimbaud

Cuando lucía el claro sol se animaban, pero en los días oscuros bien abundantes, el ambiente muy modesto, casi precario de los locales de las escuelas, tenía un aspecto muy similar al descrito en el poema de Antonio Machado: *Recuerdo infantil*. /Una tarde parda y fría/de invierno. Los colegiales/estudian. Monotonía/de la lluvia en los cristales/. Es la clase. En un cartel/se representa a Caín/fugitivo y muerto Abel/junto a una mancha carmín./Con timbre sonoro y hueco/truena el maestro, un anciano/mal vestido, enjuto y seco/ que tiene un libro en la mano/. Y todo un coro infantil/va cantando la lección:/"mil veces ciento, cien mil/mil veces mil, un millón"/. Una tarde parda y fría/de invierno. Los colegiales/estudian. Monotonía/de la lluvia en los cristales".

Cuando hacía buen tiempo era costumbre salir de paseo escolar las niñas y los niños en la tarde de algún jueves. Y disfrutábamos intensamente esta expansión al aire libre.

Los maestros aprovechaban aquellas oportunidades para ofrecernos alguna lección ocasional acorde con nuestros conocimientos y circunstancias.

El suelo de las calles estaba embaldosado con piedras elegidas por sus formas en el arroyo, los barrancos y el río. Y eran muy abundantes. Antaño hubo en el pueblo muy buenos artesanos empedradores y se conservaban también en los portales de las casas los testimonios de su gran preparación artesana y de su capacidad artística de creación en muchos detalles de su trabajo.

Quizá como estimulados por esa tradición, cuando salíamos de paseo, después de corretear, jugar y escuchar alguna explicación de los maestros, elegíamos espontáneamente alguna pradera llana o inclinada con regularidad, bien tapizada de hierba y clavábamos en el suelo las piedras seleccionadas. Dibujábamos con una técnica próxima a la del mosaico, con frecuencia, una imagen del mapa de España, y permanecía durante mucho tiempo generalmente respetado.

La educación artística de la escuela era mediocre pues se

basaba en la inicitiva creadora del alumno. Sin duda eran mucho más interesantes los dibujos colectivos con piedras en el campo que también hacíamos a solas con nuestros frecuentes recorridos particulares. En ellos despertó especialmente nuestra atención el descubrimiento de la imagen de la cabeza de un caballo realizada a punta de navaja en el tronco de una encina, a la que conocíamos como La Encina del Caballo. Y aunque con menos fortuna y constancia nosotros también intentábamos grabar imágenes en los troncos de los árboles. Pero generalmente no pasaban de ser nuestras iniciales que el tiempo enseguida hacia borrosas.

Algunas de las tareas de la recolección, puedo advertir pasado el tiempo, las realizaba con sentido plástico. Una de ellas era el atresnar, más apropiada para los chicos, que consistía en recoger los haces de mies que los segadores dejaban recién atada en el rastrojo e ir haciendo tresnales. En la elaboración y colocación de los tresnales había un proceso y un resultado de evidentes relaciones con la actividad

plástica. Lo mismo sucedía con la trilla al conducir la yunta sobre la parva y también cuando acompañaba a mi abuelo a las viñas a podar e interpretaba a mi modo; de acuerdo con los estímulos de las formas de los sarmientos y las cepas, las instrucciones que me facilitaba sobre la poda.

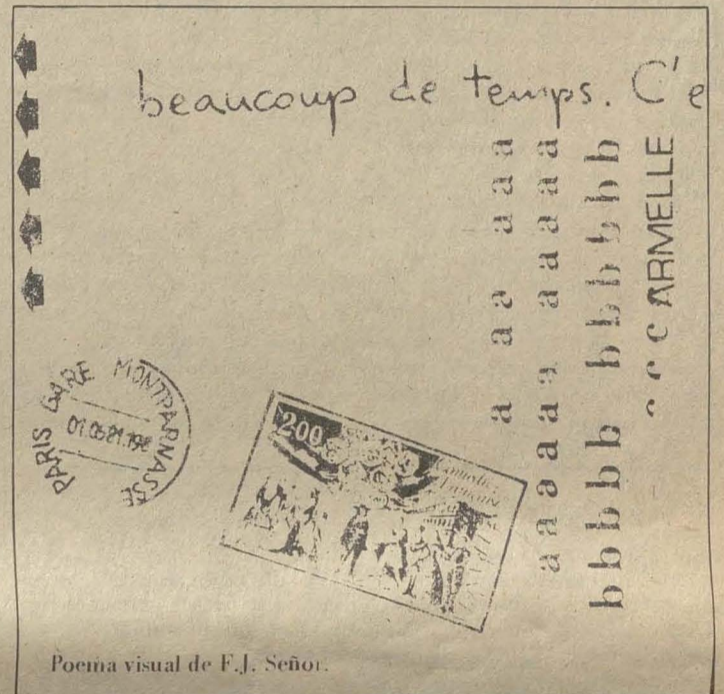
Pero, al menos en la misma medida que todo lo demás, enriqueció mi experiencia la casa de mi abuelo, donde viví años y muy largas temporadas hasta que me casé. Una descripción suya, no exhaustiva, ocupa alrededor de cuarenta folios en una novela mía, en elaboración en el momento en que redacto estas líneas. La casa era una especie de Arca de Noé donde convivían armónica y holgadamente personas y animales, donse se almacenaban los alimentos necesarios para todos durante largo tiempo, si fuera preciso. Los enseres y herramientas de muy diverso tipo. Entre otras muchas cosas, y puede decirse que no carecía de cualquier otra que hubiera en el pueblo, había en la casa rueda de afilar, herramientas y banco de carpintería, una pequeña fragua, un pequeño molino de

manivela. Pocos eran los problemas de la vida diaria dependientes de la agricultura y la ganadería que no se pudieran solucionar con los elementos de que allí se disponía. También existían en ella muchos rincones apenas, o de tarde en tarde, utilizados, algunos llenos de misterio para mi imaginación como los cercanos a la bodega, antes de descender había amplios espacios de utilización diversa donde se colocaban las pieles a secar, los ataderos de la mies durante el invierno y otras muchas cosas diversas. Cuando lo descubrí me impresionó al ver almacenadas

una gran cantidad de frascos y botellas vacías que se iban utilizando a medida que se necesitaban.

Siempre me han interesado las botellas de cristal, por su forma y su color. Muchas poseen una indudable belleza plástica que en ocasiones he redescubierto al verlas interpretadas en cuadros de vanguardia. Las botellas son el tema casi exclusivo del genio de Morandi.

En una de estas excursiones por las interioridades de la casa encontré una maleta. Y al abrirla hice un descubrimiento para mí de aún mayor importancia que el del zepelín.



Poema visual de F.J. Señor.

CARCAMA ESPECTACULOS

CONTRATACIONES ARTÍSTICAS DE CASTILLA-LA MANCHA

OS INFORMAMOS QUE PODEIS DISPONER DE NUESTROS SERVICIOS Y ASESORAMIENTOS EN CUANTO A CUALQUIER TIPO DE FIESTAS PATRONALES Y CULTURALES, ETC EN LO QUE CONCIERNE A

- CONCIERTOS DE ROCK
- SEMANAS CULTURALES
- FESTIVALES INFANTILES
- FESTIVALES DE NACIONALIDADES
- ORQUESTAS Y CONJUNTOS
- ESPECTACULOS DE VARIEDADES
- PASACALLES Y CHARANGAS
- FESTIVALES MUSICALES
- FESTIVALES DE MUSICA FOLK
- EQUIPOS DE SONIDO
- DISEÑO E IMPRESIÓN DE CARTELES
- CONTRATACION EN GENERAL

APARTADO DE CORREOS 463
TELÉFONO 210465
45080 TOLEDO



Cartas de un bravucón

JOSE DEL SAZ-OROZCO
Corneado
Athens, 15 de Abril de 1985

Querida Emebé, está la trastienda plena de hojarasca, un otoño sobre mí ha pasado, un dolor tan grande como el Paso del Cachorro. ¡Cómo me duele la traición, el otoño en primavera!, la ceguera en vicio convertida, pedir una escalera para subir, y sucumbir en los infiernos. No existe, al fin, peor tizona que la de un Cid redimuido, una ajada flor en asta asesina convertida.

Una cornada tremenda, a la pechera directa: todo un lustro se desangra, la mentira imaginada; mas el traje no desluce, ahuyentáse el toro que a por uno viene, cual tornádo que sin avisar revienta.

Tendido en la arena estoy, sumergido, digo, arrebatado por los infiernos. Aquellos algo ladran, luego cabalgamos.

Hay quien utiliza, Emebé mía, la palabra como un sudario, para envolvernos así en el objeto mortuorio, momia pura, cual si de corcho fueran nuestras esencias.

Se encierran así en un aire benedictino, aparentando ni calzar sandalias siquiera; mas subido al árbol el monje, resulta un asno bien herrado que las brágas enseña, en forma y modo de gorda mujerona deslenguada que al frutal sube en busca de melones. Tremenda es su ignorancia y la abulia despiertan. Triste desdicha es buscar melones en las alturas. Error torpe el mío, que sus cachas soporté en mis ramas.

Dirás, Emebé querida, que qué es todo esto que te digo, si el tábano se ha posado en mis pellejas, si algo grave me pasa. Ya te contaré barba a barba, bien sé que das publicidad a estas misivas mías, y al torero herido le es necesaria la prudencia, virtud dicen, que yo encuentro algo maldita y que por nuestro bien devano.

Cruzar el charco es cosa fácil, cuestión de pasaje y aduana, pretensión de vuelo, inútil

creencia de que el hombre aquí es cosa distinta. Basta un mes, sin embargo, para saber que cuecen aquí las habas como en Avila lo hacen. Vana creencia del mundo nuevo. Sufre aquí la hiena, dibuja la luna, pero trastorna, careada la muela cae; la mañana nunca despereza, blanquea la cuartilla y el verso no desciende. Desentiende la yunta al camino y se para, aprieta el zapato y ninguna noticia tuya recibo, para quedar así las noches mudas, la interrogación, constante, la duda: metódica. Oscurece el maná y es falsario el milagro. En tí me refugio, gordona mía, umbilical cordón y toledano, ¡VIVAN LA CALLE DE SAN CRISTOBAL Y LA REDACCION DEL TAJO! ¡VIVAN TU SEDUCCION Y TUS AMPLIAS TETASI, con tomate, la ensalada.

En otro desorden de cosas, oronda mía, te diré que la bruta

Elena me ha cargado un par de gafas; llevo así el corazón y los ojos en vilo; si buenamente alguien me traslada su mirada, dígame: ándate con tiento, ándate, es éte mi último par y he olvidado la receta. De tal modo es, que no sé si quedar tuerto prefiero, a las lupas conservar; menuda leche es ésta la de portar antiparras. Veinticinco años llevo, a través del cristal, desollando la mirada. Mas no sufras por mí, Emebé, ciegos he visto con cara de gloria. Aún la luz no se me niega, mas sí el contorno. Paréceme divertido el asomo a un balcón que no existe, para ver calles y linderos muertos de frío, tiritando. Nada importa si es el sol radiante y el estático confesor suda. Ya te digo, todo tiembla si de gafas me desnudo.

Elenita me ha hecho la puñeta, y bien bordada. También es verdad que me besa menudamente, a menudo, y por ello le otorgo indulgencias plenarias. Ningún desgaisado es mejor que las marranadas que nos hacen nuestros hijos. Está el libro lleno de yogur, la mañana de risas, la cena de llantos y la sábana de orín. No cabe duda de que los niños portan en sí

algo medieval, una tradición auténtica que remaza lo nuestro y nos hace olvidar éstas o aquéllas faenas, vengan de donde vengan.

A falta de noticias tuyas, monstro del amor, recibo aquí los hispánicos diarios con algún retraso. Tiene su gracia beberse un viño servido hace varios días, pero es tanta la ilusión por saber lo que allí acontece, que el caldo no pierde, sino mejora, aumenta lo tupido del color y su gradación, prende el aroma, continúa la mesa puesta y son los candelabros de plata, como lágrimas de duendes, transformación mágica de espacio y tiempo. Es como llevar a Einstein en el bolsillo, las cavas del Marqués de Murrieta en la solapa, un trébol de siete hojas en el ombligo, mis amigos en las palmas de las manos, dando palmas. Saben ellos que desde aquí les oigo, zapateo mis entrañas y un fino olor de limones nos embarga. Sé que estáis, que, telúricos, sentís mis desenfrenos. Os lo juro: aún lejano, a aceite de oliva huelo. En tu olivar descanso, Emebé, cuéntalo a todos.

tu PP

(Viene de la primera página)

está que echando marcha atrás en el tiempo o situándonos mentalmente ciento veintidós años antes de nuestros días, llegamos a la conclusión de que sólo una mujer de su inteligencia y demás cualidades espirituales podía hacer frente a la denuncia de un problema social tan significativo. Podría atribuirse a una defensa personal contra una sociedad que la señala nada más nacer y que acusa condenatoriamente a su madre, Teresa de Castro. Fácilmente se une a todo esto su propia rebeldía y hace que salga a la luz su alegato feminista, una aportación más para la Historia que no previene de una pensadora ni de una fanática que olvide todo objetivismo para ver en su condición femenina un victimato imperecedero. Rosalía es, ciertamente, una mujer que lucha por su sexo pero sin olvidar a la humanidad y a la Galicia que constituye el mundo de su crianza.

EL CAMINO HASTA LA FAMA UNIVERSAL

Rosalía no quiere ser famosa: ella no combate por darse a conocer, ni tan siquiera intenta conservar lo que escribe, es muy niña cuando empieza a elaborar sus rimas y en su mayoría se diluyen sin que las conozca alguien además de ella misma. Sin embargo sus primeras composiciones, por magia del destino, se leen en el "Liceo de San Agustín" de Santiago. Un poco después colaboraría en la revista "Iberia".

Pero, como hemos visto en el esbozo idiosincrásico de Rosalía, su obra comienza a tener auténtica fuerza a raíz de la muerte de su madre. Pero Manuel Murguía admira a su mujer y no puede consentir que la brillantez de su labor no alcance la luz, y para ello ha de instarla a que abandone esa especie de aversión al ostentismo que la domina.

Es en 1872 cuando la poesía

española se enriquece: el mercado del libro incluiría en su lista "Cantares Gallegos", obra eminentemente social y de estremecedora calidad humana que pronto alcanza renombre en el ámbito de la poesía llegando a popularizarse hasta el nivel del campesinado. Evidentemente se trata de una obra escrita para el pueblo por una mujer que siente en su propia carne su problema y que a la vez está dotada de una gran magnitud artística para ser su portavoz. "Cantares Gallegos" acusa toda la sensibilidad de Rosalía y lo que es más: revela la espionosa cuestión de la emigración gallega y desmenuza el dolor de los labradores. La crítica fue unánime y a Rosalía se le abrieron las puertas de la fama. Pero Rosalía de Castro de Murguía, nombre que la haría inmortal, no vivió lo suficiente para ver crecer su prestigio por todo el mundo: un cáncer de útero, que soportó con singular entereza, la llevaría a la tumba en 1885. Pero el espíritu de Rosalía continuaría ascendiendo aunque no tan rápidamente como se había merecido. Su trabajo tiene mucho de

sociológico y de antropológico y todavía no se ha escrito nada que retrate con tanta exactitud la problemática y el sentir galáico.

La fuerza de algunos críticos, mordaces, envidiosos y destructivos, impide que en los primeros años que siguen a su muerte la fama se apodere de Rosalía, pero de muy poco ha de servirles porque transcurridos veinte años la gloria habría de venir en busca de su nombre para convertirlo en un símbolo, para situarlo en el lugar imperecedero que ella había conquistado siguiendo el escalafón del talento.

ALGO SOBRE SUS LIBROS

"Cantares Gallegos" (Vigo 1863) es un libro que recoge todo el fervor de Galicia: a través de sus páginas desfilan romerías, paisajes, ferias... En suma, se trata de la obra que hace renacer las letras gallegas del siglo XIX, creando todo un compendio sobre el macizo galaico y sus costumbres, escrita sin academicismos, con un gallego popular y medio castellanizado.

"Follas Novas" (Hojas Nuevas) (Habana 1880) es de idéntica

inspiración que el anterior, por consiguiente obtiene asimismo un éxito rotundo.

"En las orillas del Sar" (1884) bellísimo trabajo en el que Rosalía introduce una innovación métrica en su forma y tiene la particularidad de estar escrito originariamente en castellano, idioma que la poetisa se ve obligada a emplear tras las agresiones literarias de la crítica, particularmente gallega.

De todo lo que se ha dicho sobre sus trabajos quizá lo más acertado sea el de calificarlos de musicales. De ella se dijo que con una sólida formación musical hubiese resultado una gran compositora. Y en lo que, hoy por hoy, todos los sectores de la crítica coinciden es en que fue una mujer superdotada para la poesía: llana, sensible y enamorada de todo hasta del dolor (valga la expresión), que con un lenguaje simple causó impacto en todas las gentes e introdujo un magnífico puntal de renovación en la poesía española. A título informativo cabe citar sus obras en prosa: "Ruinas" (1864), "El caballero de las botas azules" (1867) y "El primer loco" (1881).



Recompensa Nacional de 16.000 fr. — 10 MEDALLAS DE ORO

QUINA-LAROCHE

TÓNICO — RECONSTITUYENTE — FEBRÍFUGO

Universalmente reconocida como el remedio soberano en el tratamiento de la:

DEBILIDAD — AGOTAMIENTO — FALTA DE APETITO — DISPEPSIA — ANEMIAS — OLENTURAS

Entre los millares de testimonios de aprobación con que á diario se ve honrada y favorecida la QUINA-LAROCHE, y que nos sería imposible reproducir aquí, citaremos el siguiente:

"Hace tiempo tengo usando su preparado conocido con el nombre de QUINA-LAROCHE y no puedo menos de reconocer sus excelentes propiedades en el tratamiento de toda clase de febriles, sean éstas benignas ó graves, y en la curación de enfermedades infecciosas diversas."

"Como médico y farmacólogo he visto varias veces á más de restablecer pronto las fuerzas, se aliviada con acierto por los enfermos á causa de un dolor agudo y de un fenómeno anormal, aun por los estómago refractario á toda clase de medicamentos."

"En suma, es un excelente preparado que recomendaré con eficacia en todos aquellos casos en que está indicado."

D^r SAKTONI, Ponce (Puerto-Rico).

Exljase en las Farmacias la Verdadera Quina-Laroche.
F. GOMAN & P. S. & C^o, 25, Rue des Fossés-St-Jacques, PARIS.

LA MUJER BARBUDA

Director Gerente: José Retana
Jefe de Redacción: Amador Palacios.
Maquetador: Antonio Arriero
Colaboradores: Joaquín Benito de Lucas, Ángel Crespo, Antonio Fernández Molina, Francisco Leal, Francisco López, Charo Mayordomo, José Pedro Muñoz, Manuel Pacheco, Jesús Pino, Carlos de la Rica, Pablo Sanguino, José del Saz-Orozco, José Manuel Souza y Juan Carlos Valera.